

LA EXCELENCIA, VIRTUD SUPREMA

En "Fundamentos de moral. 1" hemos propuesto los seres reales de la moralidad: Dios, la persona y el universo. (El triángulo moral). Se trataba de una conjugación. La persona, que es el sujeto moral, ha de conjugarse con/en Dios y con los seres que tiene a su alcance incluyéndose a sí mismo como tal ser a cuidar.

Del sujeto moral hemos de afirmar que el primer deber moral de hombre es asentar bien su quimera, esa excelencia, que ha de lanzar rayos desde el cielo, para aureolar las personas y las cosas.

Hemos de formular una cualidad, el modo de ser personal, que exige, obliga, llama a un ser muy excelente. Mejor, la persona ansía y no puede menos de ser un ser ambicioso, sumamente ambicioso; la persona tiene como una quimera posible y real en su cabeza; o de lo contrario ya no es persona, sino una computadora. (Esa quimera es como imprecisa porque es más de lo que se desea, pero se desea realmente como inconfesada, y entonces se miente, por mor de quimera. Se desea realmente como algo más, que ni se conoce en sus dimensiones precisas de metro y compás, pero se afirma como ser real y posible, aunque uno no pueda hacerse con él; pero es para mí aunque yo no sepa. ¿Por qué no es así? Ninguna razón en contra de ella. Esa quimera es real; las otras -esas que no existen- no son la quimera que es fundamento de la moral apropiada para el ser humano, mágico y real. Esa capacidad de ambición es real aunque imprecisa, no que no coincide con cosa natural. Creo haber leído algo así en Platón, pero si no fuese así me veo obligado a redefinir este concepto al que llamo "excelencia", o "quimera" posible e inmensa. La quimera moral es la capacidad o posibilidad infinita, que todo hombre es capaz de entender como existente y como posible. Sucede lo mismo con el indeterminado término de "felicidad". Por lo tanto el hombre es un ser, el único ser terrenal, que conocemos, que

naturalmente es capaz de pensar "quimeras como posibles y como reales".

La quimera moral es tan universal como la naturaleza humana, pero no es la naturaleza humana, sino que es el objeto de la capacidad prospectiva de nuestra naturaleza. Quédese usted con "quimera", con "excelencia", con "felicidad" (ésta última es la menos adecuada).

La quimera moral tiene carácter de posible, pero no determinada. Por eso la quimera no se identifica ni con la capacidad de la naturaleza humana en cuanto tal, ni con un simple ordenamiento intelectual de los seres de la creación, ni con los deseos humanos de que somos capaces de sentir. La quimera es un "plus ultra real y posible".

Lo siento por Kant, tan idolatrado, que ha encastrado y aherrojado las apocadas y soberbias y vanas mentes europeas; las mil veces humilladas y cien mil empecinadas en fracasar muchas más que todas las multiplicaciones de los fracasos pasados. Europa es un fracaso empedernido. Es Masá y Meribá.

La quimera no es ni siquiera una vida ordenada, ni una vida virtuosa, ni una vida intelectual, ni es el cumplimiento de los deseos. La quimera es la suma excelencia sin la que la vida, es la pura muerte.

La quimera es la auténtica naturaleza humana en su natural prospección. La quimera es Dios pues nada hay superior a Él, como la quimera afirma siempre sin duda alguna. Y por eso el triángulo moral, propuesto en otro momento, no tiene más importancia que un ejercicio, un modo transitorio.

El hombre para negarla tuvo que ser antes manipulado, enclaustrado, enfoscado en cueva estrecha de números, de los que eliminó la mágica equis. La equis no es determinada pero es real

solamente en el hombre. ¡Qué bien se entienden los hombres con la equis y la infinita potencia!

La quimera está en un hombre cualquiera, sólo se expresa como tal en la adoración inmolada; en la fe adormilada y más real que todas las exactas cuentas. Y ni siquiera esa inmolación y fe confiada alcanza la quimera en sus entrañas. Ni tampoco un resbalón, una duda, o un pecado, de eso que llaman moral, la eliminan más bien la necesitan. Tampoco la toca el egoísmo y el sensualismo rendido que la echa tierra. Tampoco la toca el virtuoso vano que piensa haberla atrapado en sus ejercicios. Tampoco la toca el fresco y antojadizo, beato y pacato sumiso al capricho y a los placeres de bestia de su automatismo. Por lo cual hemos ya de concluir: la quimera es tan real en su posibilidad cercana y al tiempo tan sublime que no se atrapa ni con la vida ni tampoco con la muerte. Pero nadie tiene en sí ese principio tan sublime y tan real, si no ansía morir por ella y perder cuanto en la tierra brilla luce y da sabor y fuerza a sus propias piernas. Ha de ser de este modo pues la quimera real no es nada de esta tierra, aunque en ella sí se encuentra. ¡Y la ronda y solicita, y se escapa entre la niebla!

El único mal proporcionado a la quimera, -la muerte muy muerta- es el que la niega. ¡Es el fin de todo en quien la tapare forzando y matando a Dios en su alma! Donde no hay quimera, sólo hay abismo, está el fiero Infierno.

Es tan real y tan hermosa que para manifestar sus ansias usa todas las posibilidades que esta tierra le brinda: lo que se llaman las virtudes, las divinas y humanas; la tierra, el mar y el sol, la ciencia y lo que ignora. La quimera siempre se asoma e incita a no dejarse atrapar /ni por bienes ni por males/ que no alcanzan a aherrojarle en su excelencia/. En realidad, -termino- libre, libre/, lo que decirse libre es/, sólo el hombre de quimeras/. Ni adora el placer, ni sus sueños, ni su vida; ni el dolor vale bastante para dejar de

en su interior de pensar en esa cosa que no se ve ni se toca, pero que es posible lograrla, ya que sólo Dios es ella, más allá de lo que sueña el hombre que más soñara.

Una vez planteada la excelencia como la esencia suprema del ser prospectivo humano, ha de manifestarse esa condición por medio de las virtudes. Antes, de todos modos, han de incluirse ciertos principios que dimanen de la condición real de esa excelencia (a la que hemos llamado quimera moral) como son: la universalidad y unidad de la universalidad de los seres personales y la justicia como virtud determinada de lo que corresponde a la limitación de los seres. Y todo lo demás quedará sujeto a esta inmensidad encerrada como en tres palabras pues la quimera en el hombre abarca a la unidad de la universalidad de seres en justa convivencia. Unidad, universalidad, justicia.